

Yo estuve allí,
a la puerta de la tumba vacía,
donde solo se veía oscuridad
y se oía el grito lastimoso
de la ausencia;
al borde del abismo
que parecía tragar
no solo a Cristo
sino toda señal de su pasado
y nuestro futuro.

Yo estuve allí.
Había estado muchas veces,
tantas que una más
apenas me decía nada,
acostumbrado el corazón a la desgracia.
Conocía la oscuridad
de los sueños rotos,
de las vidas truncadas,
de los abrazos arrancados,
del futuro ausente,
del pasado herido que me perseguía...

Yo era una de esas mujeres
y vosotros,
os recuerdo a mi lado
pues caminábamos juntos,
también estuvisteis allí,
a la puerta de vuestro propio vacío,
sin aliento
ni impulso de vida.

En medio del silencio
sosteníamos palabras
que intentaban perfumar
el olor a muerte
que se alojaba en nuestro corazón.
En medio del silencio,
aunque se anunciaba claridad,
se imponía invisible la tiniebla
de un sinsentido expansivo.

Todos hemos estado allí,
la humanidad entera,
tantas veces que una más
no parecía decir nada más.

Es verdad que, aquel día,
una de las palabra se vistió de blanco,
y su pronunciación
se hizo presencia luminosa.

Es verdad que algo distinto
despertó la esperanza.

Nadie sabe qué ni quién fue,
pero anunciaba una juventud nueva,
una esperanza incommovible,
un futuro abierto.

Yo estuve allí,
cuando algunos, acogiendo la palabra,
se revestían de Cristo
y al hacerlo
iban resucitando con su vida;
otros, sin embargo, apenas podían creer
ni avanzar
y sus hermanos tenían que ayudarles
cada mañana a vestirse de vida
para recomenzar el camino.

Yo estuve allí,
estoy cada día,
como vosotros,
cuando el vacío de hoy me espera
fecundo
solo en el mañana
de la vida galilea de Jesús;
que resucitada quiere revestir
eternamente el mundo.

Yo estaba allí
cuando algunos huyeron
por miedo, dislocados
entre la atracción y el espanto
ante la vida resucitada del Crucificado.
Estaba allí,
perseguido, como todos,
por el amor resucitante
de ese Nazareno, hijo de Dios.

Yo estaba allí,
y hoy, aquí, junto a vosotros,
sigo escuchando esta palabra
vestida de blanco:

*«No temáis ante el abismo
que la carne que Cristo
os prestó para vuestro itinerario
ha comenzado a resucitar con él.
Volved al camino,
dejad el sepulcro,
yo me encargo de rodar la piedra,
de dar eternidad al tiempo
de la vida y del amor.*

*Vosotros avanzad en Galilea,
sin deteneros a coger flores dormideras,
sin asustaros de las oscuras fieras,
conquistando fuertes y fronteras
para la vida del amor».*

Yo estaba allí.
No soy más que un eco creyente
que repite:
No temáis, ha resucitado el Señor.

HOMILÍA

vigilia pascual'18

Francisco García

Cuando la humanidad encontró su futuro
A partir de Mc 16, 1-8



Icono: Julia Stankova